

Máximo Gómez y las mujeres¹

Benigno Souza Rodríguez²

“Señoras y señores:

Aunque achacoso, no impunemente se tienen cumplidos ya los 70 años, no he podido eludir este compromiso; el de hablar a ustedes unos minutos de Máximo Gómez, obligación contraída con el coronel Cosme de la Torriente al cual tantas cosas debo que no puedo negarme a ésta su amable petición, y a quien así como a Uds. pido de antemano mil perdones, porque esta desconocida charla, anecdótica, que no conferencia, divagación sin orden ni concierto, ha brotado de mis recuerdos, cálamos currente, plena de incoherencias... pero, después de todo, señoras y señores, en nuestro país, la norma ¿no viene a ser la incoherencia?

Gómez, ¡que gran figura americana! Desempeñó por más de treinta años papel de relieve, de protagonista en el modesto escenario de nuestro país; trascendió fuera su nombre, por sus tenaces empeños, por sus prolongadas hazañas; ante su frío, su desdeñoso valor, las balas, por milagro, lo respetaron, lo consagraron caudillo providencial y su nombre, pues, como dije

1. Conferencia pronunciada en la *Sociedad Liceum* en el año 1944, publicada en un folleto de 29 páginas en La Habana por la Editorial Alfa en dicho año 1944.
2. Médico que conoció al Generalísimo y fue su más notable biógrafo.



en cierta ocasión, traspasó los mares y al hablar, al ocuparse de Cuba, eternamente, a la fuerza mentarán quienes nos mencionen al hombre que, a la taumaturgia de su fulgurante machete, surgiera, cual Afrodita de entre las azules ondas, esta ex-virgen del Caribe, que tan poco tiempo ¡ay! guardara, casquivana y licenciosa, el recato y cándida pureza de su nacimiento.

Este capitán genial ha sido estudiado, escrutado, curiosoado, auscultado, medido como hombre de guerra, como estadista, como un místico de la libertad... Ha sido tan popular, las líneas de su figura fueron tan destacadas, causaron tal impresión en la sociedad cubana del pasado, que a pesar de los reticentes apartes, susurrados al oído por las víboras que pisoteara a su paso, tanto en la guerra como en la paz, y que de cuando en cuando (algunas viven todavía), *sotto voce*, aún tratan de mordisquear en el pedestal de su gloria, inútilmente, porque a pesar de la iconoclasia del tiempo, y de esas víboras, a cada año que pasa, la efigie del adusto viejecito se agiganta más y más, y su nombre, cual profetizara en su arenga a Bolívar el cura indio de Titicaca, *crecerá al través del tiempo, como crece la sombra cuando el sol declina*.

Nada describe mejor al General, cual lo hace en este soneto José M. Carbonell:

*“Treinta años fue emblema y gallardete
De Cuba heroica en fiera rebeldía
Un capitán de Flandes parecía
Con gorguera y jubón, lanza y almete.
En el Pino de Baire, del machete
Prólogo la terrible, sinfonía
Que epilogó en Las Guásimas, Mejía,
Palo Seco, Mal Tiempo y Calimete.*



*Desde el Dátil al Zanjón, bregando fiero,
Se proclamó nuestro primer guerrero.
Y al reanudar Martí la lucha armada
Acaudilló la guerra y desde Oriente
Dirigió la Invasión hasta Occidente
Bajo el sol sin eclipse de su espada”.*

Máximo Gómez, y de todos los que lo trataron es muy conocido este aspecto espiritual suyo, aparte de la piedad, del solícito cuidado que siempre tuvo por los caballos, los niños y las mujeres fueron su mayor encanto, los que más poderoso influjo tuvieron con aquel hombre, que yo he comparado, por lo rectilíneo de su contorno, a una figura de la Geometría.

Insistiendo en este detalle de su carácter, en esto de los caballos, en esa su zoofilia, tendencia considerada como síntoma de misantropía, referiré a ustedes, a propósito, entre muchos, dos episodios, que aun cuando al parecer triviales, no lo son.

Durante cierta marcha por uno de aquellos inmensos potreros de Sancti Spíritus, cuyo nombre inmortalizara el Caudillo con su estupenda campaña de La Reforma, observó que el caballo de uno de sus soldados caminaba muy molesto porque la barbada lo lastimaba. *Incontinenti* el General ordenó al soldado apearse, arreglar el freno, y que por cinco días, durante aquellas marchas forzadas, anduviera a pie, como castigo, por su abandono, al jinete.

En otra ocasión, en una esquila que yo he tenido en mis manos, decía textualmente al doctor Lucas Álvarez Cerice. “*Ahí te mando tu asistente, para que le cures la oreja del lado de montar, que se la arañé al darle un planazo*”. ¿Causa del



planazo? Que en su inquisitiva inspección al campamento vió, el General, que el caballo del doctor, amarrado muy corto a su estaca, hacía tan desesperados como inútiles esfuerzos por llegar hasta la hierba, fuera de su alcance. Iracundo el General, ante la indiferencia de aquel asistente, allí mismo le descargó tres o cuatro planazos por la cabeza, que es por donde más éstos duelen.

Y es que una de las facetas de aquel férreo carácter lo era su amor extremo por la justicia y aquí, aun cuando continúe divagando, no resisto a la tentación de referirles, por lo pintoresca que es, otra anécdota del General, a este respecto.

En aquel viaje triunfal a la conclusión de la guerra, en su viaje hacia La Habana, las ovaciones fueron delirantes porque nuestro pueblo, en contra de lo que digan, sí sabe, sí agradece, sí conoce a sus hombres, sí aprecia a unos, sí desprecia a otros; un ejemplo entre mil, el respeto casi religioso a su paso que nos merece un Miguel Coyula.

Y mucho más cuando nosotros, como dijo Merimée de los franceses, nos enamoramos, más que de las ideas, de los hombres que las sustentan, y eso sucedía con Máximo Gómez, encarnación de nuestro glorioso Ejército Libertador. Pues bien, en un pequeño pueblo de Las Villas, en la estación, al paso del tren, lo esperaba con el Alcalde a su cabeza, el pueblecito entero, y hubo que hacer alto a los sonos de una banda de música local.

Entre esos músicos el hombre del trombón era un misérrimo, un escuálido, un irrisorio ejemplar humano; el del flautín en cambio, un monumental coloso de manteca y carne. El General con imperativo gesto acalló a los músicos, y terminante ordenó al Alcalde dispusiera el cambio de instrumentos entre aquellos dos hombres; al del flautín que cogiera el trombón, y al tuberculoide el flautín, y no hubo más remedio que hacerlo,



a pesar de las protestas, precisamente del que tañía el flautín, que no sabía andar con el trombón. El General comentaba, aun irritado:

“¡Es una vergüenza que este infeliz toque un aparato tan grande, y que este grandulón tan gordo y tan colorado, sople en un pito tan chiquito!”

En noviembre del 98 escribió a María Escobar, asediado ya por los tiros de la ruin envidia, pasión que nos predomina, porque así como el buey es manso, el halcón valiente y el guanajo estúpido, el *homo cubensis* es envidioso y sobre eso de nuestra envidia otro cuentecito, y de nuevo perdón, señores, aunque después de todo, ¿de qué viven los viejos? Del cuento.

Una vez el notable escritor y figurín donjuanesco, señor Suárez Solís, me pidió mi opinión en una encuesta que abriera en su periódico, no sé sobre cual de las muchas diabluras del Liborio de aquellos días. Yo se la di con comentarios, transcribiéndole, poco más o menos, este apólogo de Rabelais:

“En una ocasión andaba por la tierra San Martín, el Santo, no el Doctor, porque éste muchas veces no camina por la tierra. Durante su excursión se encontró con dos transeúntes, dos amigos que por allí discurrían. Uno de ellos, arquetipo de la avaricia, el otro, de la envidia. El Santo detuvo su caballo, bondadoso les habló y, al despedirse, les dijo:

Señores, yo soy San Martín y para que recuerden ustedes eternamente este encuentro les voy a dar al uno, al que primero me hable, todo lo que me pida, y al segundo, el doble de lo que le doy al primero.

Terrible y mudo combate entre los dos sujetos; nadie quería pedir primero, el avariento, porque de aguardar le tocaría el



doble, y el envidioso porque no podía consentir que su amigo tuviera más que él. Como ninguno se decidiera a romper el silencio, El Santo picó su caballo, pero antes de volver riendas, sin poderse contener el envidioso, le gritó:

¡Santo! ¡Santo! Lo único que te pido es que me saques un ojo”.

Y nuestro Liborio, señores, capaz es de sacarse un ojo, con tal de que le saquen los dos a su amigo, a su compañero...

En esa carta de noviembre, a que aludí, vertió el Viejo General en el amable seno de María Escobar sus amargas confidencias, y de paso subrayemos que lo que más suscitara enemigos al prócer lo fue esa pasión, esa envidia, que con tanta elocuencia pintaban los griegos como una mujer flaca, de senos colgantes, bizqueando y con la cabellera erizada de serpientes, una de las cuales le roe el corazón. He aquí uno solo de los párrafos de esa carta para no cansar a ustedes:

“Necesito estar entre mujeres y niños, siquiera por una hora al día. Los hombres me cansan y temo, si el bloqueo sigue, que no voy a querer más sino a mis caballos”.

Después de tanto paréntesis, disculpable en los ancianos, que errabundos discurren sobre el pasado al azar, con tan poco método, vamos a lo de ustedes, a lo de las mujeres, que ya estarán impacientes por saber como van a bailar con el General, ya que Máximo Gómez, aun cuando misántropo, nada tuvo de misógino, siempre las adoró a ustedes. Después de todo, es la mejor ocupación que puede uno tener aquí abajo. ¿Estamos o no de acuerdo, señoras?

Cicerón, creo, dijo ante cierto aspecto tumultuoso de la sociedad romana *Fit indominatu servus et in servitute indominatus*, lo que viene a decir, los señores se han convertido



en esclavos y los esclavos en señores; y yo, parafraseando al gran orador latino, digo que los papeles se han trocado, porque en el mundo actual nosotros, si no en todo, en algo hemos feminizado nuestro rudo contorno varonil de antaño, y ustedes queridas señoras, ustedes nuestro eterno encanto, a su vez se van masculinizando poco a poco.

Y según corre presuroso el tiempo, pienso que algún día llegará en que, cual otras dueñas Doloridas, portarán ustedes patillas y bigotes, atributo masculino que hoy hemos suprimido de nuestra cara, (no yo, que lo uso y usaré hasta la hora de mi muerte), porque un hombre sin bigote es como un gallo sin cresta.

Y esto prueba una vez más hasta donde llega el atrevimiento humano, en un afán por enmendarle la plana a su creador. Dios puso, y por algo lo puso, en la parte más evidente de los animales másculos, en la cabeza, los signos que declaran desde lejos su sexo, y todos los animales machos se distinguen, unos por sus colores, por su tamaño, por los moños que portan, etc.

Y al hombre, por designio divino, como su declaratoria de varón, como su cédula personal, le puso en la cara pelos, patillas, bigotes, y esos hombres, desoyendo la voz del Creador se suprimen esa insignia de su sexo, y se rapan a diario. Yo soy más cristiano que ellos porque me presento tal como Dios me hizo, y no como le plazca a moda tan censurable.

En vista de todo esto, y yo así lo espero, pronto se verá la completa conversión de ustedes en hombres, y la de nosotros en mujeres (a mi no me costará trabajo, yo ya lo estoy por la edad) y esa transmutación la imagino, la aguardo muy satisfecho, muy contento, porque siempre he sostenido que, por lo menos aquí, en esta Isla Ex-Juana, son ustedes mejores que sus novios, sus



hermanos, o sus maridos; son las que mejor merecen portar los viriles pantalones, emblema del mando, ¡ay!, que a nosotros lo que mejor nos viene en ocasiones, son esas primorosas enaguas que cada día van ustedes acortando más y más.

Este introito, que a primera vista nada tiene que ver con Máximo Gómez, sí tiene que ver, porque yo pudiera hablarles a ustedes con mejor o peor acierto del Máximo Gómez soldado, escritor, orador, estadista, sin disonar, porque las señoras de hoy entienden de todo, pero prefiero enfocar una faceta de Máximo Gómez, más familiar para las damas y sobre todo más amable, más galante.

Y esa es hablarles hoy de la preferencia, la amistad, la extrema simpatía que por ustedes siempre tuvo el gran Viejo, en todos los momentos de su azarosa vida, sentimiento, por otra parte pagado con creces, porque cuando ese paseo triunfal al término de la guerra, por nuestros pueblos y ciudades de Occidente, cuando la cálida apoteosis de su entrada en esta Habana, ustedes con patriótico frenesí se lo arrebataban, no ustedes desde luego, que muchas aún no habían nacido, y otras entonces sólo gateaban; no, fueron sus queridas mamacitas, sus tías, sus parientas quienes se lo comieron a besos y lo estrechaban entre sus brazos hasta el grado que en una ocasión el Viejo, en la Quinta de los Molinos, cansado ya, al ver irrumpir en el salón que fuera de los Capitanes Generales, bullicioso grupo de señoras y damiselas, animadas de ese deseo, con la cara compungida, que se me pareció a la de una estampa que veía en mi niñez colgada a la cabecera de mi cama, a la del Santo Cristo de la Resignación y la Humanidad, el General, con idéntica expresión a la de aquel Cristo, presentaba sumiso sus curtidas mejillas a los purpurinos labios de aquellas señoras, las antepasadas de ustedes.



En carta a María Escobar le confiesa:

“Me duele el cuerpo de los abrazos y los besos. Mi vieja chaqueta está perdida del polvo blanco de las doncellas y las viejas”...

Y en otra:

“Verás por la prensa como me traen y me llevan, sin meterme en nada. Creo que esta situación mía más la debo a los besos de las mujeres, que a los tiros que le tiré a Weyler”.

Recuerdo cuando ese viaje, en Cárdenas, durante la fiesta dada en su loor, a una señora que fue por cierto muy bonita, y hoy es templo lamentable en ruinas que llegada, algo tarde, al término de aquel reparto de efusivos abrazos, le dijo:

– *“¡General! ¡Déjeme darle un beso!”*

Máximo Gómez, a la verdad, ya algo aburrido de tanto besuqueo, (el mucho dulce empalaga a veces y como dijo Quevedo, da dentera) brusco y malicioso, le preguntó:

– *“¿Es usted casada o soltera?”*

– *“Casada, General”.*

– *“¿Y le ha pedido usted permiso a su marido?”*

– *“Sí General”.*

– *“Pues démelo entonces”.*

Las delicadas y finas fibras, tan sentimentales, que atesoraba aquel terrible hombre de guerra, aquel tremendo justiciero que implacable presidía y ordenaba la ejecución de Generales y Coroneles, eran tiernas cual las de una paloma, y esa ternura la guardaba, como he dicho, para los niños y las mujeres. En cierta ocasión, escribió: *“Sólo creo en la pureza de los niños y en la de las mujeres”*. Añadiendo, festivo: *“mientras éstas sean mocitas”*.



Las mujeres desgraciadas lo enternecieron hasta nublar el llanto sus oblicuos e imperiosos ojos. Cuando la campaña de la Invasión, en La Habana, describe en dos palabras Boza el trágico episodio de aquella muchacha de una colonia del Ingenio Nueva Paz que aún nos escalofría y a quien pocos momentos antes una guerrilla española acababa de asesinar su anciano padre.

Al cruzar el General con sus huestes por allí corrió hasta él aquella nióbide campesina, toda desolada, con la cabellera al viento, bañada en llanto y que en su extravío, prorrumpiendo en gritos desgarradores, abrazada a los estribos del General, le pedía venganza. El Viejo, conmovido, hizo alto, le prodigó palabras de consuelo, suspendió su marcha, le dio algún dinero recogido entre aquellos cubanos de su columna, llamó a un pariente de la joven guajirita para que la llevara a La Habana con una carta a casa de una familia a quien la recomendaba y se alejó de allí enternecido, agobiado por intenso dolor al cual se añadía no haber podido ejercer su tremenda justicia con aquellos caníbales.

Entre las pintorescas imágenes con que su rica fantasía exornara sus sentidas locuciones, de un modo o de otro, elemento de sus originales alegorías, como un pertinaz ritornelo, reaparece en ellas siempre la mujer. Cuando la epopeya de los Diez Años decía que era la revolución “*su madre*”, cuando esta última campaña, la Belona mambisa era “*su novia*”; en ocasiones, cuando, inconvencible como Themis, castigaba a alguien, a los que imploraban piedad para el reo, contestaba:

– “*No, si lo consiento, eso deshonra a mi novia*”.

Después, ya liberada Cuba, ésta se convirtió en “*La muchacha*”, a quien había que cuidar de los novios que la asediaban. Cuando los primeros vagidos anexionistas,



prohijados por el General Wood, escribió al pie de una noticia tendenciosa publicada en *La Lucha*:

“Hay que tener cuidado con La Muchacha porque la enamora un banquero rico”.

Yo conservo ese periódico, con este autógrafa suyo (digo, si el amigo de marras no me lo ha robado también) al margen.

Grandes hombres desdeñaron para su obra el concurso de la mujer, pero él, como Jesucristo, les pidió su colaboración, y aun su consejo. Ahí están sus cartas a María Escobar, monumento de buen sentido político, de previsora enseñanza, que no ha cristalizado por desgracia en los cuarenta años de República, y por cierto, de paso, nunca, creo yo, hubo entre la patriota remediana y el General más que cariño y afecto, y si algo existió de tácito amor entre ellos, no pasaron como dicen en el campo, de los tiros de aire. He aquí dos muestras de esas cartas que he publicado íntegras en cierto periódico.

“A María Escobar, 4 de Septiembre de 1898.

(Fragmento)

“Mientras más pronto se saque a la vida este pueblo que está muerto, tanto más será productor y consumidor... Esto es asegurar la paz, porque cuando el pueblo tiene hambre, ella está amenazada... Dividida en dos castas la sociedad, una que tiene el pan y la otra que tiene el hambre, ¿cómo puede andar eso?... Diga todo esto y más, que sé que usted sabe decir, a esos hombres que tienen dinero, y quizás no salgan defraudadas mis esperanzas”.

He aquí otro fragmento de una carta posterior a ésta:

“Tú no sabes las infamias de esta Habana. Nunca vengas a vivir aquí... Nunca creí, María, que nuestra obra se pisoteara tanto... Ahora me ocupo de la exhumación de los restos de mi



hijo y de Maceo. Eso me absorbe por completo. No quiero oír hablar de política, y de la sucia de aquí, mucho menos”.

Por la simple lectura de esta voluminosa correspondencia, sostenida entre Vencedor, que este era el pseudónimo de María Escobar, durante la guerra, y el General, se ve con cuánta confianza Máximo Gómez hacía sus confidencias, sociales y políticas, a aquella ilustre hija de Remedios, hoy desconocida. Cuando para el público se escribe sobre nuestros grandes hombres ignoramos, pasamos por alto, en la historia de esos hombres, tan interesante punto, el de las mujeres, punto que después de todo, a veces da la clave de su psicología, porque, si dice el proverbio: “dime con quien andas y te diré quién eres”, más exacto sería decir: “dime la mujer con quien andas y te diré quien eres”, tan hondo, tan poderoso es ese avasallador sentimiento, sobre cuya devota práctica descansa y perdura la vida sobre el planeta, porque, señoras, sin amor no hay matrimonio, sin matrimonio no hay hijos, y sin hijos se acaba el mundo.

Hace días cité yo en un artículo, los inmortales versos del Arcipreste de Hita, de aquel santo prelado, que refundió, en una sola y filosófica cuarteta, la vida humana entera, expresando:

*“Como dice Aristóteles, cosa es verdadera
El mundo por dos cosas trabaja; la primera
Por haber mantención; la otra cosa era
Por haber juntamiento con hembra placentera”.*

Esta especie de tabú, de enemigo público, que viene a ser la mujer para nuestros escritores, no es más sino el sello de ese Tartufo, que indeleble nos carimba las espaldas. Martí, tan enamorado, es desconocido en ese aspecto en casi todas las biografías, algunas notables, que del gran hombre se han



escrito; con excepción de la de Gonzalo de Quezada; se le ha estudiado de todos modos, se le ha examinado por todos los lados, menos por ese, que lo coge de cuerpo entero; apenas si se menciona, y eso de paso, a la mujer que fuera su última compañera, que fue su último amor, su serena y reposada pasión autumnal, se ha llegado hasta a ignorar a los otros hijos que tuvo, a los naturales; con hipócrita eufemismo se dice de su nieto, hoy actor de cine: “*El ahijado de Martí*”, sin parar mientes los pudibundos cronistas que cuando César Romero nació, ya hacía muchos años que cayera Martí en *Dos Ríos*.

Pero en fin, basta ya de justificarme ante ustedes por mi predilección de ese aspecto de la vida de Gómez, de aquel duro hombre de guerra, que tan enamorado fuera, desde sus más juveniles años, y eso lo digo en su honor. Ya un gran cirujano, Carrel, estatuyó en reciente famoso libro que todos los grandes hombres, aún los ascetas, los místicos (el misticismo es una variante del amor) estuvieron muy bien dotados para este amor terrenal, y Máximo Gómez, un grande hombre poseyó, como dije, muy rica, muy abundante, ubérrima y robusta su vena amorosa.

En el transcurso de sus años mozos, en el rincón natal, el venerable dominicano Federico Henríquez y Carvajal lo describe:

“Joven de apuesta figura, erecto, delgado, ágil y elegante, tenía trigueña la faz, finos los labios, los ojos negros, sedoso el cabello y era ya el galán mimado de las damas. En breve dio la norma en bailes, veladas, paseos, amores y amoríos”.

Fray Cipriano de Utrera en su libro sobre *La Genealogía de Máximo Gómez* al dar a conocer los hijos naturales que tuvo soltero en Santo Domingo dice a este propósito:



“Máximo Gómez en su juventud daba con mucha facilidad promesas de matrimonio a las doncellas en quienes ponía sus ojos, y con la misma facilidad olvidaba sus promesas a las mismas, ya no doncellas”.

Naturalmente, como por desgracia el amor es a veces, ave de paso, y según Stendhal es como la fiebre, que viene y se va sin contar con nuestra voluntad, Máximo Gómez variaba de cuando en cuando los platos de su mesa, ya que mientras más honda es la pasión menos resiste a los embates del tiempo. Alguien dijo, poco más o menos, que si Julieta se casa con Romeo, si tiene tres o cuatro hijos, si se pasa el día dándoles de mamar, limpiándoles la baba, lavándoles los pañales, mucho se hubiera aminorado la exaltada pasión del joven Montesco.

Copio del fraile Utrera:

“La Srta. María del Socorro X, tuvo con Máximo Gómez un hijo natural que se llamó Francisco González, que siempre en los días de su juventud tuvo ansia de incorporarse a las tropas de su padre, pero por diversas cosas no pudo ver realizados sus deseos.

Con F. M. L., tuvo Máximo Gómez una hija a quien mucho quiso y que todos queremos y respetamos porque ha sido una dignísima señora, hoy venerable matrona.

María Magdalena X, fue prometida de Máximo Gómez, y de él tuvo un hijo llamado Wenceslao, Laíto, al cual, ya hombre embarcó para el extranjero y nunca más se supo de él. A este hijo profesó increíble cariño su padre. A María Magdalena donó el General la casa y solar que poseía en el pueblo de Baní y en él vivió muchos años”.

Nada podemos decir de otros amores del General Gómez porque fuera de lo que nos informa el fraile, tomado por él de las Partidas de Bautismo de la Parroquia de Baní, nada más



sabemos; sí sólo que durante esos años, el entonces joven y futuro Generalísimo de las fuerzas cubanas, no anduvo ocioso por entre los floridos jardines de Citerea, como se ve, y eso que no todos los idilios dominicanos son conocidos, sino sólo aquellos que dejaran rastro, prole, únicos descifrados por el fraile Utrera. De suponer es que muchos más ocurrieran.

Había que ver al General cuando se encontraba entre las damas, sobre todo, si estas eran bonitas; materialmente se transfiguraba. En una ocasión oí yo, en aquella Universidad de O'Reilly, este coloquio entre doña Lola Rodríguez de Tió y el Dr. Caro. La poetisa le recomendaba un paisano suyo, el Dr. Tizol, que graduado en París, revalidaba en La Habana. Caro, solemne, le dijo:

“Si se puede, se hará, si no, también, porque yo soy como la margarita, que me yergo cuando me pisan las damas”.

Y eso, literalmente le pasaba al General, que setentón y todo, no necesitaba, como Caro que lo pisaran las damas: le bastaba estar entre ellas para erguirse más erecto que cuando sobre caballo cargara a los españoles en Las Guásimas o Naranjo. Había que verlo, como digo, cuando con ellas bailaba, porque el General, como Bolívar, era muy bailador. Sus modales, su cortesía, los saludos a su pareja...

Cuando ponía su ruda mano en la cadera de una señora, lo hacía hierático, casi sacerdotal, como si cumpliera con un rito sagrado. Nada de innobles, de grotescas contorsiones, de epilépticas congas, sino reminiscencias de las majestuosas pавanas, de los graciosos minués; eso era el General bailando. Aún me acuerdo del gran baile dado en su honor hace 45 años en el teatro *Tacón*, presenciado desde la cazuela y tertulia por los que pudimos entrar a esas localidades.



Abajo, en la platea, lo más selecto y brillante de La Habana de entonces, generales americanos, cubanos y las muy lindas mujeres de nuestra sociedad del pasado. Hoy también las hay que están muy requetebuenas.

Todos los ojos, fijos en el General, vieron como saludaba, ceremonioso, al ponerle su mano en la cintura de avispa (entonces la tenía de avispa) de Donzy Solberg, con quien bailó la primera pieza, y cómo el General, gallardo, a pesar de sus años, airoso, pasaba y repasaba, llevando entre sus brazos, como una pluma a Donzy, subía y bajaba por el contorno de la platea, ante la suprema curiosidad de aquellos habaneros, la mayor parte de los cuales, aunque durante más de treinta años oyeran mentar al General, esa era la primera vez que lo veían.

Cuando el General vino a Cuba, puso sus ojos en una primera *Manana*, en Manana Figueredo, hermana del ilustre patriota Fernando Figueredo; en muchas ocasiones, y el *Diario* de Valdés Domínguez da fe de ello, pues transcribe esas cotidianas conversaciones del Caudillo, durante las monótonas veladas de su vivac reaparece la gentil figura de aquella bayamesa, evocada con cálida complacencia por el ilustre y máximo capitán de los cubanos.

Manana vivió hasta hace algunos años, y ése su primer amor en Cuba, conocido, fue sólo platónico, al modo de aquel de Alonso de Quijano el Bueno, porque, según parece, nunca fueron novios, y cuando vino la terrible guerra, cuando se expatrió la familia Figueredo, Gómez le dio cartas para sus amigos en Santo Domingo, devoto llevaba en su recuerdo a *Manana*, hasta que supo, al cabo de años, en el seno de aquella sangrienta tragedia que fuera la Guerra Grande, que Manana



se había casado. Ansioso averiguó con quién, y a medias se consolaba con esta reflexión:

“No se casó con ningún español”.

Lástima es que Máximo Gómez, tan púdico como el elefante, ese prototipo del pudor, tendiera casto velo sobre su pasado erótico, y celoso ocultara éste a los ojos de la posteridad, la cual, con la excepción de alguna que otra esporádica mención, nada sabe de sus deliquios amorosos; hacemos naturalmente punto y aparte con los episodios ocurridos en ese campo, aquí, en La Habana, después de su entrada y residencia, donde tuvo sus cositas, las cuales conozco, y por delicada atención a la memoria de aquellas damas, unas cuatro o cinco que arriaron su pabellón ante él, algunas de postín, y una de ellas, muy guapa por cierto, aunque todas han muerto, respetuosamente, ¡punto en boca!

En esta última guerra, al llegar a la comarca bayamesa, al pisar los linderos de Altagracia de Venero, es tan honda, tan intensa su emoción, que se vuelve hacia Martí, que a su lado iba, y evoca la adorable figura de Panchita Venero, de aquella florecilla campesina, radiante visión, que aún exhalaba hasta él ese penetrante perfume de las flores silvestres, horriblemente salpicadas por su sangre, en el atroz episodio, cuando bajara a la tumba, tasajeada a machetazos, en aras de su castidad y por amar a Gómez. El escritor cubano Jerez Villareal da pormenores sobre este horrendo suceso.

Y nada más elocuente que este pedazo del *Diario* de Martí, refiriendo, por la boca del Viejo, aquel terrible martirio:

“Aún está en Altagracia, Manuel Venero, tronco de patriotas, cuya hermosa hija Panchita murió, de no querer ceder al machete del asturiano Federicón. Con los Venero era



muy íntimo Gómez, que de Manuel osado hizo un temido Jefe de Guerrilla, y por Panchita sentía viva amistad, que la opinión llamaba amores. El asturiano se la llevó de la casa un día y en la marcha iba dejando a Panchita atrás, y solicitándola, y resistiéndose ella.

Tú no quieres, porque eres la querida de Gómez. Se irguió ella y él la acabó, con su propia mano. Su casa hoy nos recibe con alegría, en la lluvia obscura, y con buen café”.

A poco aquel salvaje asturiano, cayó bajo el machete cubano del Coronel Fernández Ruz, después de someterlo a ignominioso martirio, lo cual fuera poco para castigar su crimen repugnante.

En el seno de aquel infierno, que durara diez largos años, donde los hombres entraron jóvenes y salieron con la cabeza blanca, nace su idilio, permanente y eterno, con Bernarda Toro. Esta ilustre heroína, esta venerable matrona, más que romana, perteneció a la familia de los Toro, compuesta de catorce hermanos, ocho varones y seis hembras, que todos, absolutamente todos, hembras y varones, los catorce, se fueron al campo de la revolución, muriendo en ella por Cuba, Joaquín, Antonio, Marcos, Francisco, José. Ramón fue sólo el que escapó con vida, y de las hembras, Elena, Eduviges, Teodora, Tomasa; de ellas sólo Juana y Bernarda supervivieron y llegaron a ver el Zanjón, Juana, casada, con el venerable Comandante Manuel Calás, cayó prisionera al final, en el 78.

Y esta Bernarda, *Manana*, la compañera de Gómez, tan afortunada como el General, atravesó aquellos Diez Años terribles, siempre al lado de su marido, sin morir como otras mujeres bajo el machete del guerrillero, escapando del hambre, de las epidemias, para ya, ancianos los dos, cerrar los ojos



del héroe, recoger su último suspiro, entre sus brazos, cuando muriera el General, en su tranquila morada del Vedado.

Y esto del macheteo no es figura retórica. Aparte del descuartizamiento de las señoras Mola, en Camagüey, perpetrado por la Guerrilla del Orden, de la fustigación en el Jagüey de Cabaniguán de las mujeres cubanas desnudas y de la abominable tortura de Herminia Palma, llevadas a cabo por la Guerrilla de Weyler, *Manana* se encontró con su hermana Juanita, en la Masacre del Infierno, en donde Lolo Benítez cargara al frente de su guerrilla sobre aquel grupo de infelices mujeres y hombres desarmados, matando a muchas de ellas, algunas embarazadas, suceso que confirmara Pirala, historiador español.

Octogenaria, Juanita me ha referido el horrible episodio y como escapara ella corriendo, desolada y descalza, al lado de *Manana*, debiendo a ésta su salvación, pues por ser la mujer de Gómez, la custodiaba la pequeña escolta del Jefe cubano, que sólo pudo salvar algunas pocas mujeres de aquella horrenda hecatombe. Yo conocí a *Manana*, en sus últimos años, y como sucede con las mujeres que han sido muy bonitas, conservaba esa serena belleza de las ancianas, que fueran dechado de hermosura cuando jóvenes.

Por cuanto ustedes han visto, que Máximo Gómez fuera dado al ejercicio del donjuanismo, nadie lo puede dudar, pero en su disculpa debemos decir, como fríos observadores, ajenos al asunto, que la monogamia, tan celosamente observada por ciertos animales, las palomas por ejemplo, es continuamente infringida por otros, entre ellos algunas veces el hombre, conducta que responde a la pródiga, a la excesiva organización con que para ese amor los dotara omnipotente Natura.



¿Qué culpa tiene el pobre gallo, señoras, si práctica la poligamia? ¿Por qué ha de ser responsable ese curioso animalito, la Mantis que a la inversa, ejerce la poliandria, que tiene muchos maridos, y a la cual injuria Fabre con el dictado de “*la trágica Mesalina*”? ¿Qué culpa tienen ciertos hombres excelsos en parecerse al gallo y ciertas bellas mujeres a la Mantis? Es la naturaleza, que así lo quiso, la responsable de sus deslices y no ellos. Observen mis queridas señoras, como no digo yo que esto sea bueno o malo, con el escalpelo del anatomista, lo explico, y sin meterme en honduras de pedante, lo refiero todo a sus excesivas hormonas, y por tanto pido alguna indulgencia para nuestro máximo libertador por sus devaneos, que fueron, a la verdad, algo frecuentes.

Y después de todo, acá para internos, a muchas hermosas mujeres precisamente las seducen mejor los atrevidos gallos que no los castos palomos. Y es que estos hombres de la raza mediterránea, cual lo fuera Máximo Gómez, de pelo atezado, y de ojos negros, que no son piojos blancos, transplantados al ardiente Trópico no cultivan con preferencia la planta *fidelis*. Decir lo contrario, cuando se sabe que *hic est hoc protec hoc*, viene a ser torpe, mentira, pura hipocresía.

Máximo Gómez merece, pues, perdón por estos pecadillos, si pecados son, cuando se tenga en cuenta que él alzara un altar donde puso a *Manana*, quien por encima de todo, reinó solitaria en su corazón, porque en cuanto cualquier episodio, a la verdad casi siempre efímero, fugaz, era sospechado por aquella excelsa matrona, el General hacía mutis, y entraba siempre en la línea, de la que accidentalmente se descarriara con distracciones, con estremecimientos pasajeros y, muy cabizbajo, ante el solo ceño fruncido de su *Manana*, volvía el orden.



Así, pues, se puede afirmar, y yo aquí enfáticamente lo mantengo, que Máximo Gómez, así como fue un gran ciudadano, un hombre irreprochable, un excelente padre, un gran Capitán, fue el mejor de los maridos, un gran esposo, que siempre llevó en su corazón a esa hija de Jiguaní, a su *Manana*, tan querida, tan venerada, como el glorioso hidalgo llevara dentro de sí a la más famosa de las hijas del Toboso.

Y para terminar, señoras, un aplauso de sus bellas manos, no para mí, sino para Máximo Gómez, que bien merece ese tributo, porque fue el más ferviente admirador que han tenido ustedes en Cuba.

He dicho”.





Máximo Gómez, en diciembre de 1898, en el Central Narcisa, Yaguajay, Santa Clara. Fotógrafo desconocido. Fuente: Archivo de Emilio Cordero Michel.